**Las (variadas) figuras del intelectual según Foucault.**

Germán Díaz (CIECS-CONICET).

**Introducción:**

Acorde con la temática de la mesa, la presente ponencia trata sobre las *diferentes* figuras del intelectual presentes en la obra de Michel Foucault. Antes de comenzar, aclaro que el analizaré únicamente la producción del autor hasta el año 1979 (año en que se dicta el curso *El nacimiento de la biopolitica*). La razón de este recorte es completamente externa con respecto a la temática de la ponencia, y estriba en que la investigación doctoral en la que se enmarca la ponencia tiene exigido ese límite, en función de una problemática conceptual bien diferente (las relaciones entre lenguaje y prácticas sociales). Una primera aclaración, entonces, es que lo dicho aquí, si es válido, lo es únicamente hasta dicho momento. En segundo lugar conviene advertir a lxs oyentes no familiarizados con el autor acerca de ciertas dificultades que ésta presenta para su análisis y tratamiento académico.

Quisiera ilustrar con una cita la complejidad de la tarea a la que se enfrenta el lector o la lectora que, presa de la ingenuidad o de la ceguera, se proponga dar una imagen sistemática y coherente del pensamiento de Michel Foucault. Sólo reemplácese, en la cita, el nombre de Foucault por el de Nietzsche en cada ocasión.

Quien para interpretar a Nietzsche utiliza sus citas es un falsario, porque le hará decir lo que a él le venga en gana, intercalando según le parezca palabras y frases auténticas. En la mina de este pensador se hallan toda clase de metales: Nietzsche lo dijo todo, y dijo también lo contrario de todo. Y en general es deshonesto utilizar las citas de Nietzsche cuando se habla de él, porque de esta manera se da valor a las propias palabras aprovechando la sugestión que suscita la introducción de las suyas. (Colli, 1978: 150)

Por supuesto, la última frase de Colli es una provocación que, de seguirse a rajatabla, prohibiría la escritura, o por lo menos la escritura académica, sobre Nietzsche, sobre Foucault. Pero el tono sin atenuantes de Colli, entendido como rasgo de estilo, es más que nada una advertencia. Con ciertos autorxs, en especial con aquellxs que ejercen frenéticamente cierta libertad filosófica de pensamiento, lo cierto es un proceso, un movimiento, frente al cual cualquier momento aislado es falso. Valga la paradoja: para Foucault, como para Nietzsche, la verdad es, como dice Hegel, un movimiento.

En algunos casos, parece ser por ejemplo que puede ser el de Platón, es concebible delinear un hilo rojo que atraviesa la obra desde su origen y que, dilatándose, explica los cambios, tanto los bruscos como los graduales, en términos de su continuidad a prueba de variaciones. La exégesis “internalista”, recuperando un término de la epistemología, logra extender un manto de comprensibilidad que, desde adentro, cubre toda la obra. Pero hay otros casos donde la explicación de algunas transformaciones no puede hacerse sin acudir a la historia y la sociología de la obra en cuestión, apelando a una lectura “externalista”, para utilizar el otro término del binomio conceptual. Sin ir más lejos, esto último es lo que propondré como recaudo metodológico para aproximarse a los dichos y escritos de Foucault sobre el cruce de temas que configura esta mesa (lo intelectual, lo teórico y lo científico). Quiero aclarar que no creo que este criterio pueda aplicarse para analizar la obra conceptual del autor, ya se trate de libros o de artículos y entrevistas. Lo que sostengo es que son las definiciones sobre la cuestión del intelectual las que pueden y deben ser abordadas mediante un recurso histórico-sociológico.

Ahora bien, no es menos importante aclarar qué fragua acuña esta precaución de método: no se trata de un recaudo *hermenéutico* (subjetivista, pese a lo que se diga), en busca de la *comprensión* de la *intención* del autor, espacio de síntesis que garantiza la unidad de su obra. Se trata de la mediación *sociológica* (objetivista), en busca de la explicación de las discontinuidades textuales o discursivas, el recurso al contexto social e histórico que constituye y se expresa en estos discursos.

La ponencia que expondré a continuación tendrá la siguiente estructura. En primer lugar, expondré el carácter discontinuo de las opiniones y tomas de posición expresadas por Foucault respecto al lugar y la función del intelectual, buscando establecer, si es posible, una cierta periodización que las ordene. Intentaré justificar la clasificación mediante su capacidad de constituir conjuntos relativamente coherentes de textos y, por último, intentaré ofrecer una explicación de la eficacia de la clasificación propuesta en mediante la contextualización socio-histórica.

**El científico y el político.**

Es exagerado decir, como decía Colli de Nietzsche, que Foucault “lo dijo todo”, aún si resulta difícil poner suficiente énfasis en lo mucho que se contradijo. Expongo un botón de muestra: en el año 1971, en una entrevista en Brasil, se le pregunta a Foucault si cree que el campo de la filosofía se ha ampliado al ir de la vieja metafísica a la epistemología, tan de moda a fines de los sesenta. Foucault contesta: “Creo que es lo contrario: nosotros hemos restringido ese campo. Creo que la más grande expansión del campo de los objetos filosóficos se la debemos a Hegel. Hegel ha hablado de estatuas góticas, de templos griegos, de viejos pabellones (…) De Hegel a Sartre, el campo de los objetos filosóficos ha sido proliferante. Hegel, Schopenhauer, Sartre han hablado hasta, por ejemplo, de la sexualidad” (Foucault 2001a: 1032). Cinco años antes de escribir el primer volumen de Historia de la sexualidad, Foucault contraponía su labor, “más modesta”, a la de esos filósofos de la subjetividad que, buscando “la totalidad de lo concreto”, pueden permitirse el recuento teórico de la completa colección de lo existente (Cf. Foucault 2001a: 1032-1033). Se presenta así, opuesta a lo que será su propio futuro, una crítica de la vaguedad de la filosofía universal en nombre de una razón técnica especializada, una “razón analítica” presente tanto en el estructuralismo –que para Foucault es primeramente Levi-Strauss y Dumezil- como en la filosofía analítica de Russell y Wittgenstein (Foucault 2001a: 569). Para acentuar los contrastes, cabe recordar que en función de expresiones como éstas Foucault fue conocido como estructuralista y hasta como “tecnócrata” (Dosse 2004b: 122).

Un ejemplo similar de la profundidad con que estas diferencias calan en el contenido de las opiniones expresadas por Foucault puede ser tomado del ámbito político. En el año 1968, en respuesta a una pregunta de la revista *Esprit* sobre la relación entre una “política progresista” y el trabajo intelectual del autor, Foucault contesta que su problema es “el del estatuto, las condiciones de ejercicio, el funcionamiento, la institucionalización de discursos científicos”, un problema cuya única relación con la práctica política, se ve forzado a aclarar es que puede, en última instancia, “no carecer de importancia para ella” (cf. Foucault 2001a: 716). Esta relación de absoluta exterioridad entre la política y sus investigaciones dejan pasmado a quien ha leído al Foucault maoísta de comienzos de los setenta, quien, en los fervores del ultra izquierdismo, podía condenar a lxs intelectuales por ejercer una función conservadora de la ideología burguesa (Foucault 2001a: 1289).

Un último y todavía más breve ejemplo puede ser tomado de la propia biografía del Foucault. Este pensador, tan asociado posteriormente a la radicalización izquierdista de mayo del 68, participó en 1962 brevemente de una comisión asesora para la reforma universitaria gaullista conocida como ley Fouchet, cuya implementación fue en parte una de las causas iniciales de la movilización estudiantil (Cf. Eribon 1995 :177-200).

Creo que estos ejemplos bastan para probar las fuertes diferencias que afectan el objeto de esta ponencia. Como anticipé, estimo que pueden recomponerse ciertas unidades acorde a una periodización particular de la obra de Foucault. La expongo sin más preludios.

Un primer momento, *pre político*, comprende desde los primeros artículos hasta un momento difícil de determinar alrededor del año 1969. Cabe señalar aquí una nota de interés: el salto de Foucault a la vida política no encuentra en Mayo del ’68 más que un *antecedente insoslayable* pero no una *causa directa*. En Mayo Foucault reside como profesor en Túnez, cuya revuelta estudiantil, recuerda, lo conmovió vivamente. Sin embargo, su regreso a París parece motivado por las posibilidades de desarrollo académico. El primer gesto político de Foucault es de enero de 1969, cuando como director de Vincennes apoya la resistencia de los estudiantes a la represión policial (cf. Eribon 1992: 236-248 ).

Un segundo momento, *hiper político* comprende los agitados años que van desde 1969-1970 a 1977-1978. Cifrados por el activismo en el Grupo de Información sobre las Prisiones, y cuyo cierre algunos comentaristas ubican en torno al episodio de la extradición de Klaus Croissant, el abogado de algunxs miembrxs del grupo revolucionario armado alemán Armada Roja (Cf Foucault 2001b: 361-365).

Un tercer momento, *post político* o *ético*, que se extiende hasta la muerte del autor, comienza muy cerca del límite cronológico que se nos impone.[[1]](#footnote-0)

La razón que ordena esta clasificación no busca converger con un ordenamiento de los textos que se corresponda con el desarrollo interno de la conceptualización foucaultiana (por ejemplo, con la división según métodos: arqueología, genealogía, etc.), sino que, atendiendo a las regularidades que pueden identificarse, acude a una explicación socio-histórica de las mismas. Caracterizaré cada periodo para explicar por qué es preciso el recurso externalista.

I) El primer período, como indiqué, va de las primeras entrevistas y artículos de fines de los 50 hasta los que preceden inmediatamente la aparición de *La arqueología del saber*. Aquí, elementos determinantes son la polémica con el grupo bajo la égida de Sartre en torno a *Les Temps Modernes*; la alianza, en contra de este grupo con Levi-Strauss, Lacan, la lingüística saussuriana y el *nouveau roman* y la crítica literaria blanchotiana. A partir de la polémica directa con Sartre, suscitada por la exitosa acogida de *Las palabras y las cosas,* en la que el filósofo acusa a Foucault de ser “la última barrera de la burguesía contra Marx” (Cf. Eribon 1995: 221-221), la posición respecto del estructuralismo se complejiza. Por un lado, veremos que Foucault se opone a la oposición entre historia y estructuralismo (Foucault 2001a: 621), pero al mismo tiempo, y sobre todo teniendo en cuenta la temática de esta exposición, Foucault empezará a dirigir con más fineza una crítica al “marxismo humanista” o al “marxismo blando”, acusados de mezclar a Marx con Theillard de Chardin, al tiempo en que se defiende la obra antihumanista teórica del Althusser y sus discípulos (Foucault 2001a: 1038, 1140). En este marco, la posición de Foucault respecto del intelectual, el científico y el teórico será la de un combate frontal y violento contra las posiciones teóricas cuya “arqueología” viene haciendo desde la tesis secundaria sobre Kant, que acompañara a *Historia de la locura*. Se trata del humanismo, o “antropologismo” que funda las ciencias humanas sobre la base de una premisa ambigua: hace falta que el hombre se vuelva objeto de un saber para que pueda ser sujeto de su propia liberación (Foucault 2001a: 691). En este marco, la posición contraria a las filosofías del sujeto, identificadas con Hegel, Husserl y Sartre, y a favor de una razón llamada “analítica” que compartirían tanto el saussurismo de Lacan y Levi Strauss como los anglosajones, el marxismo únicamente en su vertiente althusseriana y el propio Foucault. La relación con la política queda completamente indeterminada, como puede verse en la larga respuesta a *Esprit* que aludí al comienzo. En sus versiones más consistentes, la defensa de esta razón “científica” frente a las urgencias de la política consiste en decir, como en en la respuesta a Sartre, que antes que apelar a un concepto idealista de “praxis”, el conocimiento puede aportar a la política las condiciones en las cuales una acción revolucionaria es posible (Foucault 2001a: 695). En otras versiones, encontramos la equivalencia plena entre la lucha intelectual contra el humanismo teórico y la lucha política (Foucault 2001a: 544)

Sin embargo, no hay que confundir este intelectual *savant* del primer período con el intelectual específico que aparece en la entrevista junto a Deleuze conocida como *Los intelectuales y el poder*, que ha sido muy difundida en nuestro medio local. Durante su estancia en Túnez (que coincide con la gesta y el acontecimiento de mayo del 68), Foucault distingue su posición respecto del estructuralismo, distinguiendo un estructuralismo metodológico, aplicable a varios campos de conocimiento determinados (la antropología, la historia de las religiones, la lingüística) de un “estructuralismo filosófico”, mediante el cual parece definirse a sí mismo. Este tendría por labor, no el estudio de un campo determinado, sino elaborar un diagnóstico de la cultura contemporánea, única tarea filosófica posible para Foucault después de Nietzsche (Foucault 2001a: 633). Pasando en limpio, hay dos tipos de intelectuales: los humanistas y los antihumanistas o, los subjetivistas y los antisubjetivistas. Dentro del primer grupo, Foucault distingue dos lugares, la de científicos que trabajan sobre regiones específicas del conocimiento, como la entología y la lingüística, y la de los filósofos que, como él, dirigen el análisis hacia un diagnóstico de la cultura occidental contemporánea. La relación efectiva con la política no es clara, pero en todo caso el autor impugna que sea una prerrogativa del pensamiento humanista (Foucault 2001a: 695).

II) Por contraste, el segundo momento no sólo advertimos la politización del discurso foucaultiano, sino que este paso a la política es brusco, y su contenido es radical. Foucault pasa de una posición intelectualista que tiene problemas para definir su forma de empalme con la práctica política a un ultra izquierdismo que corre por izquierda, no ya al PCF, sino incluso a los grupos maoístas más radicales, como se expresa en la discusión con los maos sobre la justicia popular o con los estudiantes sobre el sistema educativo, en las que Foucault se muestra contrario a toda forma de institucionalización en nombre de la lucha contra “el orden burgués” y el “sistema dominante” (2001a: 1176 y 1218-1219). Aquí la vocación y el compromiso políticos son palpables en cada entrevista en particular y sobre todo, en el volumen que acumula la suma de todas las entrevistas e intervenciones públicas consagradas a la coyuntura política, volumen que irá en aumento hasta fines de los 70 y que supera amplísimamente las paginas publicadas en forma de libro. Sin embargo, la forma de relación entre el intelectual y la política no es más clara que antes por el sólo hecho de que de las posiciones radicales del autor se deduzca sin esfuerzo su compromiso. En este período encontramos una posición netamente definida, que coexiste con esporádicas alusiones a la figura del intelectual-filósofo que se dedica a elaborar un diagnóstico de la cultura presente (Foucault 2001a: 609 y 1237). Pero la figura dominante es también la novedosa, aquello que Foucault llamará “intelectual especifico”, pero que más bien habría que llamar “intelectual difusor de las masas” y que no se confunde para nada con el científico estructuralista del primer período. Dejo la definición en boca del mismo Foucault:

Lo que los intelectuales han descubierto después de la presión reciente es que las masas no tienen necesidad de ellos para saber, ellas saben perfectamente, claramente y mucho mejor que ellos, y lo dicen bien claro. Pero existe un sistema de poder que bloquea, prohíbe invalida este discurso y este saber (…) Ellos mismos, los intelectuales, son parte de este sistema; la idea de que son los agentes de “la conciencia” y del discurso los hace parte de este sistema. El rol del intelectual no es ubicarse “un poco adelante o un poco al costado” para decir la verdad callada para todos, es más bien el de luchar contra las formas de poder allí donde él es a la vez objeto e instrumento, en el orden del “saber”, de la “verdad”, de la “conciencia”, del “discurso” (Foucault 2001a: 1176).

La polémica contra el intelectual universal, representado por Sartre, se mantiene intacta, pero no se hace ya en nombre de la modestia de una razón analítica y de una retracción del campo de la filosofía, sino a favor (y nunca en nombre) del saber espontáneo de las masas, que no precisarían del intelectual más que la renuncia a sus privilegios con respecto al saber. En otras entrevistas del período aflorar posiciones a favor de la auto organización de los movimientos sectoriales o “sociales” (en aquél momento todavía no llevaban ese nombre) y contra toda forma de vanguardismo intelectual que caracterizaron al maoísmo francés y que representan uno de los eslabones perdidos entre la vieja izquierda marxista de los setenta y la “nueva” izquierda autonomista que la sucedería (cf. Foucault 2001a: 1281). En este nuevo marco, si bien las tareas para el intelectual están bien definidas por el espontaneísmo anti vanguardista, su función social y su relación programática con la política quedan en la indefinición y la sombra. ¿Hay algo que quepa al intelectual *qua* intelectual además de renunciar a sus privilegios o denunciar un sistema de saber que excluye el saber espontáneo de las masas? Del intelectual que puede hacer un aporte a la política desde el conocimiento de lo social ya no queda más que el testimonio de los textos. Lo que sí pervive es la crítica a Sartre, en este caso dirigido contra otro de los aspectos que el representa el filósofo existencialista: el del “intelectual comprometido” cuya relación con la lucha de clases es tan exterior como la conciencia lo es con respecto de sus objetos.

III) El último momento se caracteriza por una expansión cada vez mayor de las problemáticas coyunturales, por la multiplicación de publicaciones y notas periodísticas sobre temas puntuales de la agenda francesa o global. Al mismo tiempo, el izquierdismo se atenúa paulatinamente hasta diluirse nuevamente en una posición difusa (Cf, por ejemplo: 2001b: 1403-1409 y 1410-1417). La crítica del marxismo deja de incluir salvedades en relación con el althusserismo. Foucault se hace eco de un clima de época de denuncia pública del PCF en nombre de las víctimas del estalinismo, como se hace evidente en el prefacio al libro de Gluksmann uno de los intelectuales perecederos conocidos como “nuevos filósofos” (Foucault 2001b: 277-281). Pero al poco mismo tiempo esto se matizará con la acentuación de una crítica a la “disidencia política” post Gulag, en la medida en que alentó un renacimiento del liberalismo que se escondía tras la crítica de toda forma de estatismo “totalitario” (Cf. Foucault 2001b: 803 y 2007: 21; 94; 145). Quizá el fin del izquierdismo de Foucault esté cifrado por el enfriamiento de los vínculos de afinidad con Deleuze tras una declaración a favor de Croissant de éste último, que Foucault considera en apoyo a “los terroristas en Alemania”. Pero casi mismo tiempo se distanciará también de los nuevos filósofos y de esa crítica abstracta al Estado; proyecta un “libro blanco del socialismo” que nunca concluye pero que delinea rivalizando con los trabajos impulsados por la CNRS, que cristalizarían años después en *El libro negro del comunismo*. Pese a la crítica del liberalismo, que de hecho ocupa el último curso del período “geneaológico”, iremos viendo surgir la figura de “los derechos de los gobernados” y el “derecho a gobernarse” junto a la figura de la “*parrecia*”, el filósofo griego que le habla al poder a la cara, más como una estética de la existencia que como una práctica política ordenada y estratégica. Sin embargo, como advertí al comienzo, el proceso de análisis y sistematización de este período todavía está en curso en el marco de mi investigación, y lo antedicho debe leerse a título de adelantos y de aproximaciones parciales.

**Conclusión.**

Resta aclarar por qué la periodización que propongo es externalista antes que internalista. La razón es sencilla y se hace patente en la clasificación misma. Aún si la discusión sobre cómo periodizar la obra *teórica* de Foucault amerita mucho más que las seis páginas de una ponencia, todo el mundo puede acordar con la idea de que en los primeros dos primeros períodos se hace visible un paso de una preocupación por el “saber” a una preocupación por el “saber-poder” (Díaz y Voyame 2017). Y si bien en la obra teórica encontramos la definición más desarrollada de lo que es el antropologismo decimonónico o lo que son las relaciones entre discursos de saber, técnicas y prácticas y estrategias de poder, no veremos nada allí sobre el saber popular, los conocimientos espontáneos de las masas o la función del intelectual en un “sistema” determinado. Por lo tanto, considero que la única forma de explicar estos cambios es acudiendo, como propuse al contexto social y político. Durante el período de estabilidad y crecimiento económico en Francia desde la posguerra hasta fines de los sesenta, conocido como “los gloriosos treinta”, se pudo implementar una política keynesiana de pleno empleo y distribución del ingreso, sobre todo tratándose de una economía central, con las mejores tasas de plusvalía relativa del mundo y una clase obrera calificada trabajando en un sector de alta productividad. Esta estabilidad política dificultó la radicalización del movimiento obrero organizado, razón por la que el único conflicto importante de la época quedo por fuera de la constelación imaginaria y organizativa del PCF. También es en este marco que las luchas que cobraron importancia no fueron las del movimiento obrero “clásico”, sino las de las mujeres, la comunidad LTGB, y otros sectores sociales como lxs presidiarios, lxs enfermos mentales, etc. Fueron estos sectores, con una todavía escasa acumulación organizativa los que debieron tomar la posta de un movimiento obrero al borde de su desfondamiento organizativo junto a la URSS y la tercera internacional, justo antes de la crisis del petróleo en los 70 y la derrota global del movimiento obrero organizado. Este es el panorama de crisis estratégica no sólo del marxismo sino de la izquierda en general que cubrió los ochenta y los noventa como un manto de hielo, según la recordada expresión de Guattari en su libro *Los años de invierno*. La descripción es breve, pero se puede indentificar los tres momentos con los que convergen las transformaciones de Foucault en el plano político. Intelectualismo aristocrático y a político en los 50-60, hiper politización en los 60-70, despolitización en los años de invierno. Este es un recorrido que no es sólo el de Foucault, sino el de muchos, el de la mayoría de los intelectuales franceses durante el mismo período. Este contexto histórico, político, económico y social es que explica no sólo el tempo que rige los cambios y la intensidad de los movimientos, sino también el contenido de los mismos, o al menos una parte de ellos (cf. Garo 2011: 385). Este período es también, y fundamentalmente, el que define la “horfandad estratégica” de la izquierda europea y latinoamericana. Como dice Bensaïd, la obra de Foucault nos funciona como un indicador de esta falta de horizonte estratégico al tiempo en que remite una y otra vez, como una brújula, a los elementos cuya composición tiene como resultado dicha falta. No hay una posición definida del intelectual en relación con la política en la obra de Foucault, pero esto no hace más que mostrarnos, como un síntoma, un problema más general: no hay un horizonte estratégico definido para la izquierda desde la derrota del movimiento obrero. Hoy estamos recién en el momento de intentar redefinir ese horizonte, de proponernos nuevas apuestas. ¿Rechazaremos el valor teórico de la obra de Foucault por no haber dado respuesta a las preguntas políticas que nos hacemos hoy, preguntas que en aquél momento empezaban a pronunciarse balbuceantes?

Bibliografía:

Bensaïd, E. (2007-2009), “Grandeurs et et misères de Deleuze et Foucault”, Archivos Personales, fecha incierta, accesible en: <http://danielbensaid.org/Grandeurs-et-miseres-de-Deleuze-et?lang=fr> (ultimo acceso 01/07/2017).

Colli, G. (1978), *Después de Nietzsche*, Barcelona, Anagrama.

Dosse, F. (2004a), *Historia del estructuralismo, tomo I*, Madrid, Akal.

------------ (2004b), *Historia del estructuralismo, tomo II*, Madrid, Akal.

Díaz, G. y Voyame, A., (2017). “Metodología e historiografía en Michel Foucault”, *Prismas, Revista de historia de las ideas*, (en prensa).

Eribon, D., (1992), *Michel Foucault*, Barcelona, Anagrama.

-------------- (1995), *Michel Foucault y sus contemporáneos*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Foucault, M., (2001 a), *Dits et écrits, vol, I:* *1956-1976*, Paris, Gallimard.

----------------., (2001 b) *Dits et écrits, vol II: 1977-1988*, Paris, Gallimard.

----------------, (2007) *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el College de France (1978-1979)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Garo, I. (2011), *Foucault, Deleuze & Althusser. La politique dans la philosophie*, Paris, Demopolis.

1. Para una enumeración exhaustiva de los acontecimientos biográficos e intelectuales relevantes que permiten definir esta periodización, me remito a la cuidadosa “Chronologie” de D. Defert en Foucault, 2001 a: 13-90. [↑](#footnote-ref-0)